

Palabras al oído.

JÓVENES ABANDONADOS Y EN PELIGRO

DEVOLVER LA DIGNIDAD DE SER HOMBRE

Entre 1860 y 1861, el Oratorio de Don Bosco en Valdocco había sido objeto de alguna inspección desagradable. Para salir al encuentro de las dificultades, Don Bosco escribe los "Apuntes históricos del Oratorio de San Francisco de Sales" (1862), pensando utilizar estas reflexiones como instrumento para una correcta información sobre su obra. En estas pocas páginas, expresa con mucha claridad cómo piensa Valdocco y la realidad que se vive en la casa después de muchos años de experiencia con los jóvenes más abandonados y en peligro de Turín y del Piamonte. Escribe:

"La idea de los Oratorios nace de la visita a las cárceles de esta ciudad. En estos lugares de miseria espiritual y temporal se encontraban muchos jóvenes, de ingenio despierto, de corazón bueno (...) estaban allí encerrados, envenenados, hechos el oprobio de la sociedad (...) En el Oratorio, poco a poco se les hacía experimentar la dignidad de ser hombres; que la persona es razonable y debe procurarse el pan de la vida con honestas fatigas y no con el robo".

Don Bosco nos expresa con mucha sencillez cual es el origen de su obra y las intuiciones que la sostienen. Es la mirada inicial y penetrante del educador-pastor que descubre la realidad de los jóvenes y no se pierde en lamentos ni contemplaciones. Con brazos arremangados, Juan comienza su trabajo con los pies en la tierra y respondiendo a las dificultades de los muchachos que en aquel Turín de la revolución industrial eran carne de cañón de la nueva sociedad emergente.

Como en todo tiempo, el corazón de los que respiramos en salesiano, respira una especial sensibilidad por los jóvenes más excluidos. No podemos olvidar nunca que la obra salesiana nace de una mirada aguda y penetrante sobre la realidad juvenil. El Oratorio surge de un latido compasivo (en el sentido más literal del término) hacia aquellos a los que la vida, la historia y la sociedad les han arrancado la dignidad de ser hombres.

Las palabras de Don Bosco, "se les hacía experimentar la dignidad de ser hombre", indican bien a las claras una de sus maneras de entender su propuesta educativa. Es tarea y compromiso del educador salesiano hacer sentir a los jóvenes la profunda dignidad del ser humano. Ser persona es coger las riendas de la vida y ser dueño del propio futuro; experimentar la libertad que nos hace más humanos y abre espacios interiores de fidelidad a uno mismo y de lealtad para con los demás.

Detrás de la expresión "la dignidad de ser hombre", se encierra lo más noble del compromiso educativo de Don Bosco. Pan material y vestido que libre del frío; estudios y formación, capacitación profesional e inserción laboral... pero sobre todo educar para que los jóvenes descubran horizontes para la propia vida que dé sentido a lo que son y les ayude a ser más persona. Educar en salesiano también es, pues, el afecto y el calor de la amistad, la sonrisa franca y abierta de la acogida, la incondicionalidad de querer a las personas así como son, ofrecer a Jesucristo, camino verdad y vida... posibilitar, en definitiva, que los jóvenes crezcan y maduren liberados de cualquier cárcel (abandono, miseria, oscuridad, sin sentido...) y sean protagonistas de su propia vida.

Don Bosco, una vez más, nos recuerda a todos que nuestro primer Oratorio, fue una visita a la cárcel y el empeño por liberar a los jóvenes de injustas prisiones. No podemos olvidarlo.

Palabras al oído.

JÓVENES ABANDONADOS Y EN PELIGRO

¿TIEMPOS DIFÍCILES? TIEMPO DE HACER EL BIEN

En el año 1848 Don Bosco trataba por todos los medios de dar estabilidad a la obra emprendida en Valdocco y buscaba – con creatividad – maneras nuevas de acompañar a sus muchachos y ayudarles a crecer y a madurar como personas y como cristianos.

Aunque no faltaban las fuerzas ni la confianza en Dios, sin embargo el día a día no estaba exento de dificultades que hacían muy duro el camino. Así lo describe Don Bosco en las memorias del oratorio:

“Los muchachos, congregándose en varios puntos de la ciudad, en las calles y en las plazas, consideraban lícito cualquier ultraje al sacerdote o a la religión. Yo mismo fui agredido varias veces en casa y en la calle. Cierta día, mientras enseñaba el catecismo, entró una bala de fusil por la ventana; me perforó la sotana, entre el brazo y las costillas, y abrió un gran agujero en la pared. En otra ocasión, un sujeto bastante conocido, a pleno día y encontrándome en medio de una multitud de niños me agredió con un largo cuchillo en la mano (...) resultaba, pues, muy difícil dominar a tan desenfadada juventud”.

¡Tiempos difíciles! Dirán muchos a su alrededor. Pero Don Bosco no se arredró y se arremangó la camisa para encontrar alternativas y abrir nuevas perspectivas a sus muchachos. Don Bosco no se lamentó, no tuvo tiempo para quejarse de cómo estaban los jóvenes y lo mal que estaba la sociedad. Con una mirada penetrante sobre la realidad, con gran espíritu de iniciativa y con flexibilidad, con sacrificio y confianza en la Providencia, se puso manos a la obra:

“Apenas se pudo disponer de otras habitaciones, aumentó el número de aprendices artesanos, todos escogidos de entre los más abandonados y en peligro”.

“Apenas se pudo”, señala Don Bosco. Con un fuerte sentido del realismo pero con tenacidad y optimismo fue capaz de plantarle cara a la desolación y ponerse manos a la obra. Les ofreció a los muchachos un hogar, una familia y la posibilidad de crecer como personas. Una empresa de gigantes, una pequeña gota en el océano pero que llenó de sentido la vida del propio Don Bosco y – sobre todo – de sus jóvenes.

Y después vinieron los talleres, y la escuela, y los contratos, y la propuesta evangelizadora y catequética... Don Bosco, en ese mismo año, escogió a un buen grupo de sus mejores muchachos y les ofreció la posibilidad de vivir una experiencia de ejercicios espirituales. ¡Ejercicios espirituales! Parecía cosa de locos. Ejercicios espirituales a aquellos muchachos pobres, abandonados y peligrosos... Muchos debieron pensar que Don Bosco era un ingenuo, que se equivocaba de lleno, que era como dar margaritas a los cerdos. ¡Cómo si los pobres no tuvieran derecho a que se les anunciara el Evangelio de Jesucristo! La experiencia fue tan buena, dice el propio Don Bosco, que a partir de aquel momento se repitió la experiencia cada año. Y de aquel puñado de muchachotes de la primera hora surgieron sus primeros colaboradores. El ambiente en el Oratorio cambió por completo.

¡Tiempos difíciles! No sé si peores o mejores que los nuestros. Pero como Don Bosco, no podemos perder el tiempo en lamentos y con confianza hemos de arremangarnos para encontrar veredas nuevas por las que anunciar a los jóvenes que Jesucristo es el Señor de la Vida.



Palabras al oído.

JÓVENES ABANDONADOS Y EN PELIGRO

LA MIRADA DE DON BOSCO

Niños soldados, jóvenes explotados, menores inmigrantes, víctimas del turismo sexual, de la violencia de género o de fanatismos religiosos, chicos de la calle expuestos a toda clase de marginación y exclusión social... son sólo una parte de la multitud inmensa que aguarda en nuestro mundo a que su grito sea escuchado y alguien les devuelva la dignidad perdida ante los derechos vulnerados y la condena que supone la indiferencia de muchos.

La mirada de Don Bosco es una mirada abierta y franca. Mirada de padre y luchador incansable; mirada bondadosa y crítica al mismo tiempo; mirada apasionada y comprometida siempre; mirada de ternura y vigor. Es la mirada de quien peleó hasta la temeridad para conseguir un contrato de trabajo para sus muchachos cuando, a mediados del XIX, a nadie les importaba la dignidad de las condiciones laborales y los posibles derechos de quienes eran considerados tan sólo mano de obra barata o elementos sociales prescindibles.

Tantos y tantos jóvenes de los arrabales de Turín, víctimas del desprecio y al borde de la desesperación, explotados por una economía deshumanizante, abandonados a su suerte, sometidos a abusos de todo tipo y sin derechos como personas escucharon de sus labios una palabra de futuro.

No fue su intención elaborar grandes teorías sobre el cambio social. Simplemente se puso manos a la obra para transformar una realidad injusta que excluía a los más débiles y hacía de ellos carne de cañón y de cárcel. Soñó un mañana mejor para sus muchachos y entendió que era más importante prevenir que golpear, acompañar que castigar, que lo decisivo era curar heridas, humanizar, abrir a la experiencia religiosa, ofrecer sentido y esperanza. Subió por los andamios, se coló en las cárceles, se adentró en los suburbios, visitó a ministros y a nobles reclamando derechos para sus muchachos y mendigó el pan ante los poderosos. Acometió grandes empresas para ofrecer una casa, una escuela, una familia y un futuro a todos los que estaban en el margen de la historia.

Somos muchos los que nos hemos sentido seducidos por su carisma y su manera de entender la educación como cosa del corazón. Hemos comprendido que la preventividad no es sólo un método educativo, sino un estilo de vida que nos hace solícitos, generosos, solidarios con los más débiles, con los que sufren, con los últimos. Somos un buen puñado de hombres y mujeres los que, inspirados en Don Bosco, hemos querido seguir compartiendo el pan de la educación, de la justicia, de la esperanza con los jóvenes que viven en el margen de nuestra sociedad, a los que se les niega el derecho de ser protagonistas de su propio futuro.

Ser educador con estilo salesiano es mirar la realidad con la mirada de Don Bosco: una mirada compasiva y solidaria, creativa y emprendedora, comprometida hasta la temeridad. Es descubrir que el corazón con sus razones es el verdadero motor de toda transformación decisiva, de todo esfuerzo de humanización. Ser educador como Don Bosco es vivir de forma apasionada, tenaz y esperanzada, confiando en que el Reino de Dios, Dios como ternura infinita, instaure en esta historia la paz y la justicia para todos.

Palabras al oído.

JÓVENES ABANDONADOS Y EN PELIGRO

¡TE ESPERAMOS!

Don Bosco realizó en los últimos años de su vida un viaje a España con la finalidad de seguir recabando fondos para financiar sus obras y, especialmente, la Basílica del Sagrado Corazón en Roma. Además, había expresado en varias ocasiones su deseo de visitar a sus "amigos de España". Los Salesianos estaban ya en la ciudad condal desde 1884 gracias a la caridad y a la generosidad de personas admiradoras de la obra de Don Bosco. Invitado por insignes benefactores, entre ellos Doña Dorotea de Chopitea, viajó a Barcelona y permaneció en la ciudad entre el 8 de abril y el seis de mayo de 1886.

Fue un viaje difícil, largo y penoso. Acompañaron al Santo su secretario Don Vigletti y el propio don Rua, por aquel entonces Vicario del Rector Mayor. Ambos fueron testigos de la espléndida acogida que le dispensó la ciudad y del afecto de todos los barceloneses que no dejaron de visitarle y de reclamar por todas partes por donde pasaba su bendición. Acompañaba a Don Bosco una aureola de santidad y muchos querían encontrar al hombre de Dios para pedir su intercesión en alguna gracia.

La salud del anciano sacerdote era muy precaria. Ya durante el trayecto, ante la debilidad física que manifestaba y los problemas que se fueron sucediendo se pensó en suspender el viaje y volver a Turín. Pero ante la insistencia de Don Bosco, deseoso de encontrar a sus amigos españoles, dispusieron todo para poder seguir adelante con el programa establecido, aunque con las mayores precauciones y cuidados posibles. El secretario Vigletti, el 4 de abril escribe a Lemoyne en Turín:

- "Papá tiene mucho ánimo a pesar de su debilidad física"

El recibimiento fue espléndido y las atenciones afectuosas y delicadas. La sociedad barcelonesa sabía de la llegada del santo sacerdote y le dispensó una calurosa bienvenida. Se hicieron eco los periódicos de la ciudad y durante días Don Bosco atendió a todos, recibió a todos y bendijo a todos los que se acercaban hasta él para escuchar una palabra de aliento, un consejo espiritual o simplemente tocar su sotana.

Pero un hecho extraordinario marcará de manera especial estos primeros días de estancia en Barcelona. Entre los días 9 y 10 de abril, Don Bosco soñó. Lo contó emocionado a Don Rua, a su secretario Viglietti y a Don Branda, Director de Sarriá. Se trataba de un sueño "misionero". Don Bosco vio miles de jóvenes que le gritaban: "¡Te esperamos!". Y apareció también un grupo de muchachos conducidos por una pastorcita que le indicó países y lugares desconocidos. Ésta trazó una línea desde Santiago de Chile a Pequín a través de África. La pastorcita le dijo:

- Ahora te haces una idea exacta de lo que deben hacer tus salesianos.
- Pero ¿cómo podremos hacer? Las distancias son inmensas, los sitios de difícil acceso y no somos todavía suficientes.

La pastorcita indicó todavía puntos en India o en China, donde habría nuevos noviciados. Todos estaban emocionados al escuchar todo esto convencidos de que se trataba de un signo del cielo, como había sucedido en tantas otras ocasiones.

Al terminar el relato, Don Bosco exclamó:

- ¡Oh, cómo nos quiere María!



Palabras al oído.

JÓVENES ABANDONADOS Y EN PELIGRO

¡TE ESPERAMOS!

Don Viglietti registró todo con sumo cuidado en su cuaderno de crónicas del viaje. Don Rua no olvidaría nunca aquel sueño convencido de que todo sería realidad algún día. No podía saber entonces que sería él mismo, siendo Rector Mayor, quien enviaría a los hijos de Don Bosco a África y a Asia siendo testigo de la extraordinaria expansión de la Congregación. El primer sucesor de Don Bosco confió siempre en el cumplimiento de aquella premonición.

"Cómo nos quiere María", había exclamado Don Bosco. Era, una vez más, la expresión convencida de que María Auxiliadora acompañaba e intercedía siempre por la Congregación. Estas revelaciones le acompañaron toda la vida y Don Bosco entendió que podía ir adelante porque la bendición de Dios y la mediación materna de la Virgen nunca faltarían.

Así lo transmitió a sus hijos y así lo han vivido generaciones y generaciones de salesianos que han corroborado una y mil veces que la confianza en María Auxiliadora genera siempre milagros.



Palabras al oído.

JÓVENES ABANDONADOS Y EN PELIGRO

LA DEUDA DEL PANADERO

Corría el año 1852 cuando en el Oratorio de Valdocco se vinieron literalmente abajo los sueños de Don Bosco. Con gran esfuerzo, no pocos sacrificios y mucha confianza en la Providencia se habían comenzado las obras de un nuevo edificio que ampliaba notablemente la vieja construcción. Se trataba de albergar a más muchachos y disponer de más espacios para clases y talleres.

Las obras se desarrollaron con gran rapidez pero la estación otoñal ganó la partida antes de que pudieran terminarse los trabajos. Un violento aguacero se desencadenó y golpeó con insistencia la ciudad de Turín durante varios días. Hubo que interrumpir la construcción y el agua, filtrada por entre vigas y listones, arrastró la argamasa todavía fresca debilitando el edificio recién levantado.

Era de esperar. Cercanos a la medianoche del día 2 de diciembre, un ruido estrepitoso anunció lo que estaba sucediendo. En el edificio colindante, los chavales dormían y se despertaron sobresaltados corriendo despavoridos intuyendo la desgracia. En pocos minutos, todo se vino abajo y con las paredes y el armazón del techo se derrumbaron también las ilusiones y esperanzas que sostenían el empeño y el sacrificio de tanto tiempo.

Por fortuna, no hubo que lamentar desgracias personales. Y eso que se temía que pudiera venirse abajo también el viejo edificio dado que la nueva construcción se apoyaba en sus muros. Como atestiguó el ingeniero del ayuntamiento que inspeccionó el lugar al día siguiente, había motivos para "dar gracias a la Virgen de la Consolata porque aquella pilastra se sostiene por milagro y, de caer, hubiese sepultado entre ruinas a Don Bosco y a los treinta muchachos acostados en el dormitorio que está debajo".

Pero no había tiempo para el desaliento. Valorados los daños, Don Bosco se puso de nuevo manos a la obra. Hubo que esperar al buen tiempo, pero apenas se pudo, se reanudaron los trabajos.

¿De dónde sacar tanto dinero? La Providencia venía una y otra vez al encuentro de las necesidades del santo sacerdote. No faltaron los bienhechores que, con gran generosidad, hacían llegar a Valdocco los recursos necesarios.

Como el mismo Don Bosco recuerda en las "Memorias del Oratorio", este constante goteo de ayudas y solidaridades era el "pan nuestro de cada día". Y nunca mejor dicho. Ante tantos gastos y necesidades, el panadero no cobraba hacía tiempo. En aquellos días, como en tantos otros momentos, el panadero – cuenta Don Bosco – "empezaba a poner dificultades en el suministro del pan".

¿Quién sabe cuántas veces habría avisado a Don Bosco de la deuda contraída con él? ¿Cuántas veces habría amenazado con dejar de servirle? Pero los chicos del Oratorio sabían que el Padre Dios les daría siempre el pan de cada día.

Así fue. Entre todos los benefactores y amigos de la obra de Don Bosco, el Conde Cays (que años más tarde se hará salesiano y sacerdote), saldó la vieja deuda de 1200 francos con el panadero. Y continuó el suministro. Y hubo nuevo edificio. Y nuevas escuelas. La Providencia.

Tiempos épicos de necesidad y de gracia. De confianza ilimitada en Dios y de temeridad. Pero los sueños se hacen siempre realidad cuando de por medio está la tenacidad de la fe, el aliento de la esperanza y el ardor de la caridad. Y Dios hace llegar siempre el pan a sus hijos, aunque para ello alguien tenga antes que pagar la deuda con el panadero.



Palabras al oído.

JÓVENES ABANDONADOS Y EN PELIGRO

LAS HIJAS DE LA INMACULADA

En una de aquellos paseos otoñales, Don Bosco llegó a un pequeño y recóndito pueblo del Monferrato llamado Mornese. Cuando se han recorrido en este tiempo y con modernos autobuses aquellas serpenteantes y angostas carreteras no es fácil responder a la pregunta que inevitablemente el viajero (o el peregrino) se hace al llegar: ¿Cómo pudo recalar aquí Don Bosco y sus muchachos a mitad del ochocientos?

Pero, nunca mejor dicho, los caminos de Dios son inescrutables. En efecto, Don Bosco y sus chicos llegan a Mornese en el otoño de 1864. Casi sin querer, se comenzaba a tejer una historia que, como todas las cosas importantes, comenzó con la sencillez de las cosas de una joven campesina que miraba lejos a través de la ventana de su alma.

El recibimiento fue caluroso y la expectación era máxima en el pueblo ante la llegada de un santo. Aunque era muy tarde, al anochecer, hubo tiempo para la oración y la bendición del Santísimo en la Iglesia y tras la cena para un improvisado pasacalle al que los chavales de Valdocco le pusieron música y alegría desbordante.

Al día siguiente, una agradable sorpresa aguarda a Don Bosco. El cura del pueblo, Don Domenico Pestarino, viejo conocido del santo de Turín, le presenta a un grupo de muchachas de las que ya le había hablado con anterioridad. Eran las “Hijas de la Inmaculada”.

Bajo la dirección del celoso sacerdote, aquellas jóvenes habían comenzado una extraordinaria obra de promoción con las niñas y adolescentes más necesitadas del pueblo. Con una gran generosidad y en un admirable ejercicio de caridad, las “Hijas de la Inmaculada” habían dado forma estable a un apostolado que en el fondo y en la forma se asemejaba a cuanto Don Bosco había emprendido en Valdocco décadas atrás.

En efecto, algunos años antes, algunas de ellas han comenzado con un sencillo taller de costura para enseñar a las niñas pobres. El mismo milagro. Dos niñas huérfanas llaman a la puerta de la casa en una noche de invierno. La misma respuesta: quedaos con nosotras. El taller se convierte, sin pensarlo, en una casa, en una familia para quienes no la tienen. Muy pronto serán siete. Y muchas más. El milagro de los panes y los peces que Dios multiplica a los pequeños y a los pobres.

Don Bosco queda impresionado. Le llama la atención particularmente una joven de 27 años que parece liderar el grupo. Se llama María Mazzarello. Don Bosco no podía saber entonces que sería ella la elegida por Dios para fundar con él el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora. Pero si intuyó que había algo de especial en aquella mujer fuerte y laboriosa que hablaba de Dios con tanta familiaridad.

Maín, que así la llamaban en casa, dirá a algunos que en aquel primer encuentro sintió que Don Bosco era un santo. Probablemente porque el Espíritu había abierto también en ella veredas de santidad que le hicieron sensibles a la presencia y a la palabra de quien la cogerá de la mano para caminar juntos en la insospechada aventura de la fundación de un nuevo Instituto religioso.

Nos volveremos a ver, diría Don Bosco aquella mañana. Y vaya si se volvieron a encontrar. Como en los acontecimientos importantes, en la sencillez de un paseo otoñal, el Espíritu comenzó a ponerle al carisma salesiano rostro de mujer.